

# Historia y tarareo

Christian Ferrer

**N**o es fácil explicar por qué *La canción de las ciudades* es un libro importante. Hay quienes encasillan estos libros en la tradición de los diarios de viajes iniciáticos, y no falta el goloso que los adopta como objeto emergente para una subdivisión de los machacones estudios culturales. Pero Amsterdam, La Habana, Alicante, Pirovano, Ushuaia, y otras escalas marcadas en el índice no se ofrecen como una suerte de tiempo compartido con el lector. Ni obra sobre ciudades enhebradas en un mapa personal ni enramada lateral del oficio de una escritora. Opciones simplistas y cercenantes. Lo interesante de este libro no reside en el derrotero ni en su cualidad de crónica sino en su modo de traducir los estímulos sensoriales y materiales experimentados en el camino. Y más aún, su imperceptible ingreso a una zona de frontera de los géneros, un trazo de saberes que por el momento podemos llamar «atípico». ¿Qué significa viajar? ¿Qué es una ciudad? ¿Cómo se engarza una experiencia en el ánimo? Estas tres inquietudes lazarillas timonean la narración y abren un cauce a los modos en que Matilde Sánchez evoca el recorrido, en los que irrumpen sonoridad y ráfagas de historia.

Matilde Sánchez:  
***La canción de las ciudades***, Seix Barral, Buenos Aires, 1999, 287 páginas.

Una ciudad por la que se deriva asume el contorno de un octavo mar, y el caminante, el del vigía alerta. De las mareas y rápidos que conducen a la autora por sucesivos embrujos urbanos se cap-

---

CHRISTIAN FERRER: sociólogo y ensayista argentino; miembro del grupo editor de las revistas *El Ojo Mocho* y *Artefacto*, Buenos Aires; compilador de *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Altamira, Buenos Aires, 1999, 315 páginas.

turan sonsonetes y melodías, capas tectónicas audibles que el misterio del recuerdo traduce bajo la forma del camafeo catastral. Se nos dice en el libro que de cada ciudad han sido escamoteadas diversas «impresiones» que, absorbidas por el cuerpo, retornan animadas por un tarareo, esa plegaria de la evocación. Con las experiencias relevadas, que asumen la estructura espiritual del viajero, se ha elaborado una «ciencia íntima», estado de maceramiento de una formación del alma y de una pedagogía de los sentidos. El acopio de sensaciones, lenguajes, coloraciones, experiencias y ritmos se acrecienta entre Amsterdam y La Habana, primera y última de las estaciones del libro. La relación de la escala holandesa es alegre; la de la cubana exuda una melancolía carnal. Entre las callejuelas desvencijadas de la perla caribeña ya no está activa la mirada primeriza que cliqueaba ante la insólita acuarela, nunca vista, de los cielos europeos, sino un cuerpo desnudo y huérfano que explora la canción muda y pregnante de la piel.

Las metamorfosis sensoriales y el refinamiento progresivo de las impresiones dan cuenta de una segunda inquietud. En el sotobosque de estos «informes de viaje», que transcurren entre 1979 y 1997, se cuenta la historia de la viajera que va mutando en un centauro de los sentidos. Las micromutaciones se inician apenas el avión huye de Buenos Aires, ciudad sitiada, y asumen la sensación de la fruición aérea y de una alegría intacta y depredadora en Amsterdam. De este salto oxigenante se desprenden un viaje lingüístico a Berlín, una deriva crispante y disparatada a las playas del Uruguay, el viaje de retorno a los orígenes, en el Ampurdam —donde la autora deviene lazarillo de padres antiguamente emigrados—, el viaje profesional oscilante a La Habana, el aprendizaje de la historia social del auge y decadencia de la pampa húmeda en Pirovano, y la confección de un informe espectral de razas fueguinas en Ushuaia. Un palimpsesto de peregrinaciones que es también laberinto de tiempos: las dos Berlines, la una pujante y la otra lunar, la indolencia de los uruguayos, retratados como si nada hubiera sustancialmente cambiado desde que Hudson escribiera *La tierra purpúrea*, el estancamiento rural y amoroso en un pueblo pampeano, la descronometrización cubana, la lentitud diurna en el aprendizaje de un idioma y los burbujeantes cócteles étnico-espirituales de la noche alemana, el tiempo suspendido de la nevada y los montoneros momentáneamente estacionados en Holanda. A la evocación de impresiones se superponen microviajes y desvíos. El libro da cuenta de una proliferante variedad y taxonomía de viajes, algunos desplegados extensamente y otros en raudas observaciones: el «vapor de la bebida», el relato del emigrante, la ronda juvenil por bares de la calle Corrientes, el viaje del exiliado, el de las parturientas al país causimitológico de origen, el miliciano que recorre caminos, el del

botín arqueológico hurtado, los indios llevados como botón de muestra a exposiciones universales.

Una tercera inquietud, quizás el «genio carnal» del libro, combina el relevamiento de impresiones y una conciencia aguda de la actividad material de la historia sobre las ciudades, gemas o caries del planeta, según el ángulo desde donde se las observe. Una «impresión» supone una teoría del alma que registra cómo una luz, un olor, un ritmo o un tono de la conversación contacta el ánimo con la materia urbana hendida por la historia. Berlín es complejidad lingüística cedente tanto como inmenso esfuerzo turco, Cuba es azul ultramarino tanto como cintas de máquina de escribir remendadas. Y según sucede en todo alejamiento del propio lugar, el dinero se vuelve un compañero de ruta y un analizador de las relaciones sociales: los cotidianos billetes –visados instantáneos–, el hambre del amante cubano, el carácter ahorrativo de los sobrevivientes de la guerra, la picaresca del lumpenaje argentino garantizada por el *seguro social*, y también la identificación de traficantes, espías, corredores de comercio, agentes de inmuebles de vacaciones, michés cubanos, todos ellos, además, oficios vinculados con el viaje. Al fin, otra huella explorada por la autora –además de su particular sensibilidad hacia el color– es su modo de intimar con las gramáticas lugareñas. En Berlín, donde el motivo del viaje suponía el aprendizaje de la lengua, Sánchez llama a sus ejercicios de conjugación verbal «mis rosarios mnemotécnicos, mis novenas de conjugaciones». La metáfora es exacta, pues en toda gramática late una teología poco menos que intraducible tanto como una intransferible mitología. El alemán, lentamente, «va cediendo su opacidad», pero en otras ciudades, la pesca de la lengua es súbita. Así, la jerga callejera, insinuante, cariñosa e interesada de los michés habaneros, las interjecciones y apostillas de los uruguayos, el arrastre de la lengua materna catalana, las lenguas indígenas fueguinas –retraídas como runas–, los sustantivos propios de la cultura rural de Pirovano. Y el alcohol, dosificada presencia en el libro, fundamental en toda sociabilidad lingüística con extraños.

*La canción de las ciudades* no parece haberse difundido radialmente ni haber generado efectos inmediatamente apreciables. Constatación que no debe incitar al lamento, por cuanto podría ser un índice sintomal de las prácticas de la lectura en Argentina. Ignoro si era intención de la autora, pero en su libro trabaja secretamente un efecto de frontera, una exploración de saberes en el borde de varios géneros. Imperceptiblemente, ingresa a una zona de delta ensayístico que al comienzo llamamos «atípico», y que está constituida no ya con átomos sueltos sino con corrientes subterráneas que pugnan por emanciparse de los constreñimien-

tos a que la tradición semiosificada del ensayo elegante, «letrado», progresista, o violento e ingenioso nos tiene mal acostumbrados. Los actuales ensayos de periódico parecen guías para infantes, los de revista cultural, vistosas porcelanas, los de libros, cápsulas desencarnadas. En un país cuya literatura ha dado frutos ensayísticos de sobra, eso supone un peligro y no un mero estado de cosas. Como le sucede a la flora al final del otoño boreal, sus últimos reverdecimientos suelen adquirir tonalidades intensas, pero solamente por un ciclo corto. Su destino inevitable es el olvido, o peor, el herbario. Ello indica que el ensayo argentino sufre la presión del mercado académico, del cual comienzan a ser subproducto, especialmente cuando se desgasta en su crítica. La fibra de un ensayo ha de conectarlo con la fuente vital de las ciudades y *para ello* debe dialogar con la tradición y con la historia. Es en este sentido que conviene destacar que un nervio central del libro de Sánchez transporta un haz de saberes, esas «ciencias íntimas» que dan cuenta del organigrama de la vida afectiva tanto como de los humores caprichosos y músculos en tensión que constituyen la carnadura de una ciudad.

De la lectura de *La canción...* resta la sensación tenue y triste de la epifanía imposible, y también, que las experiencias acopiadas maduran caprichosamente y evocan, demasiadas veces, sutiles derrotas. Exodo incidental, música y estancia urbana, antiguas constantes, se trenzan y activan drástica o tenuemente en el trastocamiento del viaje. La viajera que trepó al primer avión como a un delfín volvió del último deshaciendo los pensamientos. Desde un fondo empañado capturó impresiones, por instantes la sinestesia ensambló un cuerpo, y las ciudades se le evidenciaron como barcos, como a veces atisbamos a reconocerlas en las postales. Hay, además, en la página 43, una errata de imprenta que altera la palabra «suicida» por *suicidia*. En una eventual segunda edición, debería mantenerse la modificación: parece el nombre de un país al que muy pocos quieren viajar.